

El gato plasma

Otra vez el gato muerto. Seco. Está en el sillón, con los ojos vacíos y la boca en un gesto que nunca hace en vida. Hace tres años lo encontré en un baldío. No parecía maullar, más bien era una especie de grito espectral, un aullido profundo y largo, de una gravedad imposible para el tamaño de su cuerpo. Ese extraño sonido me causó una gran impresión, sin embargo busqué al gato en la oscuridad y cuando lo ví supe que me lo iba quedar. Plasma, nombre con que finalmente lo bautizé, tiene el pelo blanco y unas raras rayas negras que van desde el cuello hasta la cola. Aquella noche lo traje a mi departamento y él aceptó quedarse. Empezó a dormir sobre mi cama y a utilizar el ventiluz del lavadero para entrar y salir a su antojo. Es un animal tranquilo y limpio, y para mí resultó el gato ideal. Siempre tengo sobras de comida y un par de bolsas de alimento balanceado con sabor a hígado (las de pescado son muy olorosas, con esa textura porosa y transpirada de aceite que no me da confianza). Le compré el bebedero plástico color azul y conseguí un viejo poncho de fibra artificial donde pasa las noches. A los pocos meses, se integró de tal forma a mi rutina que los dos sabíamos que cuando volvía a casa, Plasma tendría su ración de alimento balanceado y yo mi dosis de maullidos y restriegues. Fue siempre así hasta que una noche de martes, llegando tarde del trabajo, no vino a recibirme. Apenas terminé de abrir la puerta supe que pasaba algo. Estaba sobre el poncho, arrollado, parecía dormido, pero conociéndolo ya sabía que él hubiera mirado hacia la puerta. Fui hasta el gato y lo sacudí. Estaba caliente todavía, con la temperatura de los vivos quiero decir, pero no hubo reacción alguna. No soy veterinario ni conozco demasiado del tema, pero claramente estaba muerto. De todas maneras, fui hasta la cocina, llené un vaso con agua e intenté hacer que tomara un poco. Le tiré un poco de agua en la cara, pero nada. Toqué el pecho buscando latidos, abrí los párpados con los dedos, le tiré del pelo, de los bigotes y no pasó nada. El gato murió.

Tenía que decidir que iba a hacer con su cuerpo, así que lo envolví con el poncho y lo dejé en el lavadero, adentro de la pileta. Fui hasta el baño a lavarme las manos y mientras me enjabonaba volví a sentir el aullido estremecedor que no escuchaba desde aquella noche en que lo encontré. Mi cuerpo entero se sacudió del miedo y solo atiné a quedarme en el baño, mirándome al espejo. La fría luz blanca me iluminaba desde arriba y en la cara tenía la funesta máscara que mi propia sombra dibujaba. Los ojos hundidos en la inexpugnable oscuridad y la nariz malamente distinguible, como en esas fotos quemadas por un flash demasiado potente. Me pasmó el horror de lo doblemente imposible: la voz gigante del cuerpo diminuto y el quejido audible del felino muerto. Quería meterme en el reflejo y desaparecer de este plano, la realidad se había roto y no sabía cómo volver a un punto seguro. Quería distinguir la realidad y la locura. Y el grito, que había estado creciendo en volumen y extrañeza hasta convertirse en un canto gregoriano del infierno, cesó. El silencio se hizo denso, palpable. Sin poder hacer nada seguí mirándome en el espejo hasta que desde las profundas negruras que escondían mis pupilas cayó una lágrima, solitaria y fría. La lágrima de miedo recorrió la parte blanca de la cara en el espejo y cayó en el lavabo, brillando un instante en el aire y desapareciendo después entre cientos de otras gotas, de esas que viven en las piletas. Fue ahí que algo me tocó la pierna. Salté en un patético gesto de susto y caí sentado sobre el inodoro. Plasma me miró y maulló pidiendo su cena. Durante unos días me sentí extraño y tardé en volver a acariciarlo. Pero después me fui olvidando del tema y la relación volvió a la normalidad. Hasta hoy, que encuentro otra vez al gato muerto. Seco. Está en el sillón, con los ojos vacíos y la boca en un gesto que nunca hace en vida.